

VIII Congreso Argentino de Psicoanálisis

Rosario (Argentina)

Mayo 2010

SESION: CLINICA

EL SUFRIMIENTO ACTUAL: ¿UN EFECTO DE MASIFICACIÓN?

AUTOR: LIC. CLAUDIA ROQUETA

Asociación Psicoanalítica Argentina

Resumen

La individual y lo social no pueden separarse , nos decía Freud en Psicología de las masas y análisis del yo en 1921

Tomando como punto de partida esta afirmación freudiana me pregunto: Cuánto de los cambios producidos en el ámbito de lo social y cultural, sobre todo desde lo que se ha dado en llamar época postmoderna y su último período globalizado, repercute en el modo de presentación del sufrimiento psíquico con el que nos encontramos en nuestro trabajo cotidiano.

Cuánto de las características de nuestra época se ponen de manifiesto en una modalidad de estructuración subjetiva, donde el frágil andamiaje simbólico se expresa en tendencias a la descarga automática, apareciendo el sujeto tiranizado por una fuerza de la cual se le hace imperioso deshacerse a cualquier precio; en un malestar difuso que invade toda la vida y donde un fuerte sentimiento de vacío y absurdidad hace casi imposible un proyecto vital.

Propongo una apuesta por el recupero de la propia identidad del sujeto por sobre el poderío que ejercen los medios de comunicación cuando convocan a la masificación.

Palabras claves:

Intima identidad, masa, exclusión, libertad

SESION: CLINICA

EL SUFRIMIENTO ACTUAL: ¿UN EFECTO DE MASIFICACIÓN?

“Lo que el arte presenta no son las Ideas de la razón (como creía Kant), sino el caos, el abismo, el sin fondo, y es a lo que da forma, Y por esta presentación, que es una ventana abierta al Caos, suprime la seguridad tranquilamente estúpida de nuestra vida cotidiana, recordándonos que vivimos siempre al borde del abismo. Este es el principal saber de un ser autónomo”.(Castoriadis, C 1996)

Cuánto de los cambios producidos en el ámbito de lo social y cultural, repercute en el modo de presentación del sufrimiento psíquico con el que nos encontramos en nuestro trabajo cotidiano?. Cuánto de las características de nuestra época se ponen de manifiesto en una modalidad de estructuración subjetiva, donde el frágil andamiaje simbólico se expresa en tendencias a la descarga automática, apareciendo el sujeto tiranizado por una fuerza de la cual se le hace imperioso deshacerse a cualquier precio; o en un malestar difuso que invade toda la vida y donde un fuerte sentimiento de vacío y absurdidad hace casi imposible un proyecto vital?

La época histórica en que vivimos nos enfrenta con una sociedad que parece haber perdido, tal como plantea C.Castoriadis (1996) *su condición* de morada de sentido y valor y la referencia a una historia pasada y futura, dotada también de sentido.

Aunque durante bastante tiempo los analistas parecimos olvidar la estrecha relación entre lo social y lo subjetivo, nunca fue ajena al Psicoanálisis la idea del fundamental papel de los otros, en sus múltiples ropajes, para constituir la subjetividad del cachorro humano. En este sentido, entonces, lo social y lo individual no pueden separarse (Freud, S. 1921 pág. 67)

Una apreciación formulada por Freud, en una carta dirigida a los miembros de la B'naiB'righ (B.B.) en agradecimiento por un homenaje que le ofrecieran al cumplir setenta años. Esta institución había tenido en su vida una particular importancia pues lo albergó, cuando por su condición de judío y sus ideas innovadoras era

excluido de los medios científicos de su época. Allí sostiene la idea de que la identidad constituye ese rasgo más íntimo del sujeto, que le permite el rescate de caer preso del efecto de masificación pudiendo así mantener la libertad de pensamiento y la independencia de juicio (Freud, S. 1941 [1926]).

Este trabajo, recuperando esta idea freudiana, pondrá el acento en el acto creador como un modo que encuentra el sujeto para rescatar su propia identidad de la *compacta mayoría* (Freud, S. 1941 [1926]).ob.cit pág. 264) alienante y mortificante. Existe una coincidencia casi unánime, desde distintos enfoques, de que estamos asistiendo a un tiempo en que el individualismo cobra relieve por sobre los movimientos sociales.

La intimidad se constituye en un valor clave en lo que se ha dado en llamar postmodernidad y así parece agrandarse el margen de autonomía, con la consecuente modificación de los lazos sociales (Benjamin, J. 1998).

De este modo asistimos a la emergencia de *sujetos privatizados* (C. Castoriadis, ob.cit.) para los cuales los lazos sociales resultan disueltos o se sostienen débilmente.

Entiendo que en este sentido se establece una paradoja en la que se apoya el punto de inflexión donde se manifiesta el malestar de esta época.

Con el avance desmesurado de la tecnología, sin precedentes en la historia de la humanidad, y de los medios de comunicación, que se han hecho de masas, se imponen la vertiginosidad, el consumo, la acumulación de objetos, la eterna juventud y la comunicación a distancia, como valores que adquieren la categoría de *objetos idealizados, casi fetichizados* (Casas de Pereda, M, 1999 pág 186)

Así las masas actuales, que no revisten las características de antaño, quedan alineadas tras quienes la comandan desde las sombras, pues ya no se trata de líderes con imágenes, aunque se encubran en la multiplicidad de ellas.

La paradoja resulta entonces que detrás de estos mensajes masificadores que resaltan el individualismo y la "libertad para...", el sujeto resulta cada vez más excluido, más autómatas.

La consecuencia de esto resulta un sentimiento de vacío y absurdidad que tiende a cubrirse a través del consumo de objetos de cualquier índole y con la dependencia a las imágenes.

Se tratará de ser, pero como los otros, en una especie de identidad que conduce a la imposibilidad de diferenciarse, ya que cualquier signo de alteridad quedará necesariamente disuelto para evitar la angustia que promovería el desamparo de la exclusión.

La identidad así lograda, aunque coagulada y precaria, que ensimisma y encierra, sostiene defensivamente una subjetividad que no encuentra marcos de referencias y valores estables sobre los cuales sostenerse.

La modalidad de lazo social impuesto por la masa, lleva en sí misma el germen de lo mortificante, en tanto impone al sujeto como condición de aceptación, la renuncia a cualquier rasgo que lo recorte como diferente.

Siendo uno con los otros, el sujeto, por un lado, se protege de la expulsión y del riesgo que puede representar el encuentro con el semejante y por el otro, del despliegue de sus rasgos más íntimos, quedando así en salvaguarda de hacerse responsable de lo que llamaría su propio estilo.

Peter Brook (1968), director y teórico del teatro contemporáneo, en un libro que se llama *El Espacio Vacío* hace una distinción entre lo que denomina “teatro mortal” y “teatro vivo”. En el “*teatro mortal*”, dice Brook, la representación acuerda con los cánones establecidos por el texto clásico pero conduce a la imitación y a lo convencional, de lo cual resulta un compromiso no convincente. Se sostiene así la creencia de que alguien, en algún sitio ha averiguado y definido como debe hacerse una obra.

En cambio, un “*teatro vivo*” supone acercarse diariamente al ensayo poniendo a prueba los hallazgos del día anterior, dispuestos a creer que la verdadera obra se ha escapado una vez más. (Brook, P ob.cit. pág 13) De este modo reconoce que el único modo de encontrar el verdadero camino corre parejo con el de la creación original.

Así como el actor que responde al texto establecido, el sujeto que responde al mandato de consumir ciertos objetos para ser por ejemplo *“un triunfador”* queda coagulado en una identidad mortificante.

En este sentido es que muchas veces encontramos, sobre todo en las nuevas generaciones, el hecho de que sin poder intermediar con un acto propio el camino hacia determinado objetivo, se lancen a ser "lo mas" en lo que supuestamente han "elegido", en una carrera que finalmente, en la mayoría de los casos termina conduciendo al fracaso, pues no encuentra apoyo en un verdadero deseo sino en el cumplimiento de un ideal que reviste características tiránicas.

La inmediatez para la concreción de los logros, impuestos desde estos mandatos sociales pareciera implicar un retorno a una etapa infantil en que se ignora el tiempo.

Efectivamente en las épocas actuales pareciera haberse operado una modificación en la concepción del tiempo, que al perder su referencia con el pasado y no orientado hacia el futuro, parece no transcurrir, quedando así detenido en un presente continuo.

Haciendo conjunto con esta modificación en la concepción del tiempo encontramos que la acumulación de objetos (y si es a la manera del “obtégalo ya” mejor) cumple la función de lo que muchos autores contemporáneos (*Castoriadis, C. (ob.cit.), Lipovetzky, G.. (1986), Shutt, Fanny (1996)*) entienden como el signo más contundente que define a la sociedad contemporánea. Me refiero al intento desesperado de conjurar la muerte y la transitoriedad inherente a la condición humana.

Esta carrera enloquecida por negar la muerte impacta en el obrar creador, entendiendo por tal, no sólo a la capacidad particular de los artistas, sino aquello que resulta creativo en el quehacer cotidiano, es decir, el arte de vivir.

Siguiendo a Freud sabemos que existe una fuerte tendencia humana a hacer a un lado la muerte, pero esta actitud, nos decía, empobrece la vida, hace perder el interés y lleva a que la máxima apuesta en el juego de la vida, que es la vida misma, no pueda arriesgarse (Freud, S 1915 pág. 291)

El vacío que la muerte evoca, se inscriben en el sujeto a partir de las reiteradas experiencias de separaciones y de pérdidas con que tiene que vérselas en el curso de la vida, es productora de la capacidad de creación, es decir que es sólo desde esa experiencia del vacío que puede surgir el deseo creador.

Entonces si la contemporaneidad impone hacer a un lado la muerte esto conllevará a que la capacidad creativa se torne pobre y el sujeto mismo se empobrezca, convirtiéndose él mismo en un objeto consumido por el discurso imperante. No en vano para las ideologías totalitarias, la creatividad y la originalidad han resultado siempre peligrosas, en tanto implican la ruptura de fronteras y el encuentro con la novedad.

Ahora bien la tradición freudiana nos ha hecho saber que el dolor que acompaña a la obediencia a un orden establecido es preferible al dolor que acompaña a la libertad, que ligada indisolublemente a la experiencia de la mortalidad, inaugura la posibilidad de rodear el vacío inherente a su falta de representación.

Nos decía Freud que no se requieren más que dos individuos para constituir una masa y equiparó este fenómeno al enamoramiento, que entiendo cercano al modo de vínculo de un niño pequeño y su madre. Será ella, con su juego de alternancia presencia ausencia la que irá trazando, los circuitos necesarios para la construcción de objetos con los cuales el niño encontrará su modo particular de contornear el agujero que deja su ausencia. De esta manera se abre así la posibilidad de realizar un trabajo de duelo, que de no ser obturado, abrirá las puertas de la creación y la producción.

Este movimiento comporta también la posibilidad de que el sujeto pierda su condición de ser objeto de ese otro. Pérdida que de no efectuarse impide al sujeto la exclusión de esa masa alienante y mortificante, perdiendo consecuentemente su libertad .

El acto creativo requiere entonces de un encuentro con el otro que habilite la puesta en juego de la diferencia. Es en ese escenario de intercambio con los otros que se irá recortando un espacio, que cobrando la forma del tendido de un puente, permita recorrer la brecha que necesariamente abre el reconocimiento en el otro de la radical alteridad que lo constituye.

La aceptación de la diferencia podrá resultar, entonces, la morada propiciatoria para la emergencia de una subjetividad que no necesite someterse al otro, como modo de contrarrestar su vacío estructural.

¿No es precisamente esto lo que los analistas ponemos en marcha con cada tratamiento cuando bregando por la independencia del sujeto lo acompañamos *por el tránsito entre la enfermedad y la vida (Freud, S. 1912)*?

BIBLIOGRAFIA

- ◆ Benjamin, J.(1988). Los lazos del amor (Ed. Paidós Bs.As 1996)
- ◆ Brook, P (1968) El espacio vacío (Ed. Península Barcelona 1998)
- ◆ Casas de Pereda, M (1999) En el camino a la simbolización (Ed. Paidós Bs.As. 1999)
- ◆ Castoriadis, C. (1996) *El avance de la insignificancia* (EUDEBA Bs.As. 1997)
- ◆ Freud, S. (1912) La dinámica de la transferencia. (O.C. T. XII A.E Bs.As. 1976)
- ◆ Freud, S (1915) Nuestra actitud hacia la muerte (O.C. T. XIV A.E Bs.As. 1975)
- ◆ Freud, S. (1921) Psicología de las masas y análisis del yo (O.C. T. XVIII A.E Bs.As. 1975)
- ◆ Freud, S.(1941[1926]).Alocución ante los miembros de la Sociedad B'nai B'rith (O.C. T. XX A.E. Bs.As. 1975)
- ◆ Lipovetzky, G. *La era del vacío*. Ed. Anagrama. 1986,
- ◆ Shutt, Fanny *Fenómenos de masa y Psicoanálisis* (Rev. Tres al cuarto Nº 1 1996 dist. Ed. Paidós)